

Partido cristiano y proyecto político

*Miguel Ángel Rodríguez***

Ciertamente el análisis de temas abstractos pocas veces concita el interés generalizado entre quienes participamos activamente en la política. El activismo mismo generalmente se convierte en un enemigo de la tranquila reflexión sobre temas generales, pero no debemos dejar de lado esta necesaria tarea.

Me siento especialmente privilegiado de participar esta noche con ustedes acá presentando temas abstractos y generales que van a ser comentados por un teólogo, una teóloga y un escritor, destacados y penetrantes en sus observaciones, lo cual me parece especialmente atinado porque ciertamente necesitamos revivir en Costa Rica la reflexión general sobre los temas políticos. Es una frase trillada no en Costa Rica, sino en Europa, en Suramérica, en Estados Unidos, en el mundo entero, que vivimos una época de crisis de los partidos políticos y de las organizaciones democráticas. Y vivimos esa crisis como pérdida de prestigio de estas instituciones. En las encuestas en todos los países el grado de aprecio por los partidos, por los parlamentos, por las instituciones democráticas ha venido a menos en forma muy fuerte. Incluso nosotros podemos darnos el lujo de decir que el menosprecio es mucho menor en Costa Rica que en otras latitudes, lo que hace patente la gravedad de esta crisis. Aquí tenemos una altísima participación de los ciudadanos en el proceso electoral, cuando por ejemplo Guatemala acaba de ir a un proceso electoral, para elegir diputados, en el cual votó el 19% de los votantes inscritos y está inscrito más o menos el 50% de los ciudadanos guatemaltecos en edad de votar. Sea que menos del 10% de los votantes guatemaltecos fue a las urnas y vemos constantemente elección en muchos países en los cuales sólo el 30%, el 40% ó el 50% c la población participa en los procesos.

Ciertamente observamos señales graves que deben mover nuestra acción. Yo me he preguntado en una exposición en INCAE sobre reingeniería en los partidos políticos, por las razones de esta crisis. De entre las muchas razones que me parecen atinentes quisiera mencionar unas pocas.

En primer lugar, los partidos políticos son instituciones de una sociedad que está sufriendo un profundo cambio y por ello deben ajustarse y transformarse. Mientras no se adapten a ese cambio, mientras no se produzca su transformación, los partidos pierden prestigio porque no responden a las nuevas circunstancias. Vivimos un tiempo en el cual las empresas están cambiando, en el cual las organizaciones culturales privadas están cambiando, la idea del Estado está cambiando, la idea de la Nación está cambiando, vivimos en medio de cambios muy profundos y los partidos políticos no han sabido adaptarse a esos cambios. Es preciso adaptarse a un cambio que está en marcha acelerada y del que no conocemos su resultado final. No es simplemente adaptarse a algo que ya ocurrió, es vivir un proceso de transformación y adaptarse a ese proceso de transformación en curso,

En segundo lugar, los partidos políticos, dentro de contexto democrático, viven ahora la competencia de otros medios de intermediación de la sociedad, prin-

* Exposición en el Foro Humanismo Cristiano y Proyecto Político, 22 de febrero de 1995.

** Miguel Ángel Rodríguez Echeverría es Doctor en Economía por la Universidad de California, Berkeley, Licenciado en Economía y en Leyes por la Universidad de Costa Rica, Empresario, Político, ex Candidato a la Presidencia, autor de la República, ex Presidente de la Asamblea Legislativa, ex Ministro Director de la Oficina de Planificación Nacional y ex Ministro de la Presidencia, autor de varios libros y de innumerables artículos, Profesor universitario desde 1973.

principalmente los medios de comunicación. Los medios de comunicación se han convertido cada vez más en un mecanismo que permite hacer llegar a todos los ciudadanos con mucha mayor rapidez que los mismos partidos políticos, mensajes que puedan ir logrando integración de puntos de vista y formación de coaliciones de opinión. También, y con base en la relación de medios de comunicación y de las encuestas, se facilita la transferencia de la opinión, del pensamiento, que va surgiendo en los ciudadanos y que se va conformando y va siendo explicado y explicitado en los medios. Los partidos han sufrido un fuerte embate en esta competencia y ya no son preponderantes en su posición de intermediación entre la sociedad y el Gobierno, como anteriormente eran.

En tercer lugar, lo que se ha llamado el fin de las ideologías ha tenido como uno de sus resultados algo así como desnudar los intereses. Hoy es mucho más claro para los ciudadanos que muchas de las actuaciones que se dan son resultados de grupos de interés que se unen para buscar sus propios beneficios. Y que la idea del bien común, la idea de bien generalizado, la idea de los intereses generales de la colectividad, muchas veces es un simple disfraz para la defensa de intereses particulares muy concretos. Ni afirmo ni niego que hoy sea más fuerte que ayer la defensa de intereses concretos. Señalo simplemente que hoy es más evidente esa cruda realidad, es más desnuda, es más transparente y eso golpea el propio prestigio de los partidos porque se pierde un poco el idealismo, la ilusión, el halo que rodeaba la visión de los partidos políticos.

Otro elemento que también ha contribuido al desprestigio de los partidos está relacionado con el estilo de las campañas. No es algo que surge por simple voluntad de los publicistas o de los técnicos en comunicación política. Se da porque han ocurrido cambios en la tecnología y hay nuevos instrumentos disponibles. Hoy día el estilo del mensaje es lo que llaman los norteamericanos los "bites", los soniditos de muy corta duración que transmiten en pocos segundos una idea, o el título de una página de periódico con muy pocas letras, y ningún razonamiento. ¡Dios guarde una página con mucha explicación porque nadie la lee! Las vallas venden una imagen. Las ideas complejas, la relación entre medios y fines, la escasez, la necesidad de escoger, el costo de las costas, la eficiencia son aburridos y toman mucho tiempo. El tratar de obtener el apoyo de la ciudadanía con una comunicación sencilla y muy breve hace que los propios ciudadanos vayan perdiendo el idealismo, el halo de misterio que es un poco necesario alrededor de los propios partidos políticos para concitar una unión de propósitos, una acción comprometida, un mayor respaldo y respeto a los propios partidos.

Sin embargo, a pesar de esas dificultades, se requiere la acción de los partidos políticos. El prestigio de los partidos políticos sólo puede recuperarse con una acción más transparente, con compromisos más concretos, con programas específicos que son ahora más necesarios al haber menos diversidad en los principios doctrinarios. Con el fin de las ideologías que no es más que un mayor

consenso en los valores y los instrumentos, las diferencias programáticas son más importantes para que los votantes puedan saber qué están escogiendo. También se necesitan partidos más participativos que frente a la desnudez de los grupos de interés, puedan hacer a las personas sentirse parte de la defensa de sus puntos de vista y que obtengan un respaldo más generalizado para el consenso que surge del partido.

Son necesarios esos cambios radicales en la forma de ser de los partidos. Es preciso que ya no sean estructuras jerarquizadas, verticalizadas, con una pequeña cúpula que toma decisiones y liderea la acción aunada de todo el partido en la defensa de ciertas tesis. Es imposible hoy continuar con ese tiempo de acción partidaria y es preciso establecer más relaciones entre distintos grupos en una relación geográfica, sectorial, de diversidad de intereses que se entrelazan entre sí y debaten para llegar a posiciones comunes. Por ello estamos obligados a un cambio de fondo del planteamiento estratégico de los partidos políticos. Hay necesidad de un nuevo planteamiento estratégico y hay necesidad también de una nueva manera de administrar los partidos políticos. Administrarlos por proceso y no por departamentos. De lo que estamos hablando es de una reingeniería. Con mucha precisión deberíamos los partidos políticos comprometernos con la reingeniería, como lo empezamos a hacer los partidos de la Democracia Cristiana en Centroamérica desde el año pasado.

Con esa visión de un partido político para los cambios de nuestra época nos podemos preguntar ¿por qué un partido cristiano? Evidentemente cuando hablamos de un partido cristiano no estamos hablando de un partido de cristianos, no se trata de un partido confesional, ni de un partido al servicio de una determinada organización religiosa, no se trata de la Unión Cívica Católica de finales del siglo pasado en Costa Rica. Se trata de un concepto distinto. Se trata de un partido comprometido con el humanismo cristiano, con la visión pluralista, abarcadora, personalista que surge con mucha fuerza en el Renacimiento Europeo y desde entonces viene desarrollándose en el mundo occidental y que en buena manera hoy día se está universalizando, porque valores fundamentales de esta forma de pensar se están convirtiendo en valores universales. De manera tal que, al hablar de un partido cristiano, de

lo que estamos hablando es de un partido que promueve la cultura que fue conformando el cristianismo al integrar el mensaje evangélico con la herencia de las creaciones griegas, de la tradición judía, de la ley romana y de las vivencias de la Edad Media.

Por eso cuando hablamos de un partido cristiano, estamos hablando de un partido con referencia a una doctrina, a un conjunto de valores, a una visión y a una visión sobre todo de la persona, de la persona en su relación consigo misma, en su relación con los demás, en relación con su comunidad, en relación con la naturaleza, en relación con los valores.

De una persona hecha a imagen de Dios y llamada a crear el mundo. De una persona hombre o mujer, igual en derechos, en su relación con Dios y en el acceso al conocimiento y a las oportunidades.

Si como afirma Fukiyama después de 1989 se han acabado las ideologías y un partido es cristiano por su adopción de un conjunto de valores, es válido preguntarse ¿Cabe todavía hablar de un partido cristiano? La respuesta que ofrezco o propongo a la discusión es un sí. Sí caben partidos con una concepción doctrinaria después del gran consenso que se genera en el 89. Porque realmente el 89, nos lleva a consensos universales mucho más vastos, consensos sobre valores y consensos sobre instrumentos. El Renacimiento es el consenso sobre el pluralismo cultural y sobre la importancia de la persona, la revolución francesa y la revolución americana son el consenso sobre la democracia y las libertades políticas. La revolución del 89 y la caída de la Unión Soviética es para mí un consenso sobre las libertades económicas y la eficiencia del mercado. El siglo XX es la revolución que alcanza el consenso que ve a la mujer como persona igual al hombre y le abre la incorporación plena a la sociedad.

Pero todos esos consensos no implican que no haya campos en donde no hay consensos, sean éstos instrumentales o sean éstos valorativos. No hay consenso en instrumentos como la centralización. Partidos socialistas son centralistas, partidos liberales o socialcristianos son descentralistas. Instrumentos como la intervención, de nuevo presenta una visión muy distinta en distintas familias ideológicas. También los valores sobre la familia y el trabajo son muy distintos en una visión conservadora, en una visión liberal, en una visión socialcristiana y en una visión socialdemócrata.

Por otra parte, la existencia de acuerdos sobre democracia y sobre libertades políticas, no se traduce necesariamente en realidades históricas. En América Latina ha habido acuerdo sobre la libertad política y la democracia desde principios del siglo XIX y no es sino en los últimos años cuando estamos viviendo, más o menos en forma generalizada, sistemas democráticos y con cierta vigencia de las libertades políticas. El tener la aceptación intelectual, incluso volitiva de ciertos valores no es lo mismo que el tener la vigencia real esos valores.

Hay acuerdo sobre la eficiencia del mercado, embargo es sólo una pequeña porción del mundo que hoy en día utiliza los mecanismos de mercado una forma eficiente y produce por lo tanto un volumen mayor de bienes y servicios. El consenso sobre determinadas concepciones mentales, sobre modelos, sobre abstracciones, no llevan necesariamente en plazo muy corto a la práctica histórica real de ciertas vivencias.

Pero además de esa diferencia entre aceptar ciertos consensos y ciertos modelos y ponerlos en práctica, hay, a la hora de diseñar las realidades concretas, acentos diversos. Evidentemente los conservadores ponen un acento más fuerte en la tradición, los socialistas en la igualdad, los liberales en la libertad y los socialcristianos un acento más fuerte en la fraternidad. Esas diferencias de acento también determinan que partido tenga una cierta y diferente visión, una determinada concepción doctrinaria.

¿Cuál es la diferencia si hablamos no sólo de partido cristiano, sino también de un partido demócrata cristiano ó social cristiano? La diferencia radica en q un partido cristiano se inspira en el humanismo cristiano, y un partido demócrata cristiano o social cristiano acepta además la guía de la Doctrina Social de l Iglesia, y es así un submundo del mundo más amplio del humanismo cristiano. Tenemos entonces un subconjunto de ese conjunto más vasto cuando pasamos a un partido demócrata cristiano o socialcristiano consideramos como tal un partido que se somete al Doctrina Social de Iglesia.

¿Qué es la Doctrina Social de la Iglesia? La Iglesia en obras conciliares, en las propias encíclicas, lo señala: es un conjunto de principios para ordenar la conducta moral del hombre frente a los demás hombres. Me interesa destacar que son principios de conducta moral, esto quiere decir que nosotros nos sometemos a la visión de una conducta moral, y aceptamos un cierto código moral y aceptamos además un código moral que es exterior a nosotros, que es un código de una moral objetiva. Esa es la diferencia fundamental entre un partido socialcristiano y cualquier otra concepción. Usted puede encontrar un socialcristiano inclinado al funcionamiento de los mercados libres al estilo alemán, o más inclinado a la búsqueda de ciertos esquemas comunitarios como fue tradicionalmente la democracia cristiana de Suramérica, y puede encontrar grandes diferencias en algunos de esos planteamientos, frente a realidades sumamente concretas.

Pero en lo que no cabe diferencia es en el sometimiento de los partidos demócrata cristianos a una visión ética.

Esto nos presenta una complicación, porque la persona y el partido político, no pueden tener sólo una visión ética. Una visión ética es parte importante de la determinación de la conducta humana, pero es sólo parte de los factores que condicionan esa conducta. El hombre también requiere una visión científica. Y la visión ética y la visión científica son muy distintas. La visión ética tiene por objeto fundamental la intencionalidad, lo que interesa en la ética es si hay congruencia entre mis ideas, mi pensamiento y mi conducta, si soy honesto con mi conciencia, y si mis ideas, mi pensamiento y mi conducta están dirigidos a la obtención de ciertos valores. La visión científica, por el contrario, no se preocupa tanto de cuales hayan sido las intenciones, sino que se preocupa de cuáles son los resultados. La visión ética tiende a mirar las consecuencias inmediatas de una causa, la visión científica tiende a mirar las últimas consecuencias de esa causa cuando toda la complejidad del fenómeno, sobre todo el fenómeno social, se ha desarrollado.

Permítame poner un ejemplo muy sencillo que he utilizado muchas veces, porque me parece que nos aclara los conceptos. Si yo decido como gobernante bajar el precio de la leche para que los niños tengan acceso a leche más barata, porque considero que la leche es un elemento importantísimo para la alimentación, éticamente estoy haciendo una cosa muy apropiada, y la consecuencia inicial puede ser que baje el precio de la leche y la gente pueda comprar más leche.

¿Qué es lo que me dice la visión científica? La visión científica me dice que, si yo hago eso, los dueños de vacas van a entrar en pérdidas y van a matar las vacas y que las vacas en vez de producir leche, van a producir carne y que al cabo de un tiempo se produciría mucho menos leche y los niños podrán beber menos leche. El resultado empírico de este tipo de acción, es totalmente contrario al buscado.

Yo tengo que tomar en cuenta tanto la visión ética como la visión científica para poder tomar las decisiones más apropiadas. ¿Cómo hacemos para conciliar esa visión ética y esa visión científica?

En primer lugar, creo que éticamente estamos obligados a conocer los avances de la ciencia y a tomarlos en consideración cuando adoptemos decisiones. Alguien que sabe cómo opera el mercado y toma la decisión de bajar por decreto los precios, ya no está tomando una decisión éticamente correcta. Está tomando una decisión éticamente incorrecta. Porque debía haber tomado en cuenta las consecuencias finales que va a tener esa decisión. Lo que eso quiere decir es que debemos complementar la visión ética y el concepto de la intencionalidad con el concepto de la causalidad y de los resultados finales en un mundo complejo.

Pero, además, a diferencia de la norma legal, la norma ética es por naturaleza de aceptación voluntaria. No se trata de forzar a la gente a hacer ciertas cosas, sino de convencer

a la gente de actuar de acuerdo con determinadas normas de comportamiento.

Esto hace que además de esa obligación de conocer los principios científicos para la actuación política, que es una manera de coordinar lo ético y lo científico; además de eso, es en la conciencia individual donde se produce el equilibrio en las acciones de las personas entre sus visiones éticas y científicas. Al final de cuentas es en la conciencia de cada individuo donde debe resolverse si esa persona está actuando de conformidad con su propio código objetivo de conducta que conoce, que se ha fijado y que lo rige, o si está rompiendo ese código. Y es en la conciencia de la persona donde se predice el resultado empírico de una acción de acuerdo al modelo científico que la persona posee.

Evidentemente por ello, un partido cristiano no puede simplemente basarse en que sigue un código de ética y busca unos ciertos valores, por valiosos que sean esos, sino que tiene que hacerlo de conformidad con el cambio del conocimiento y de conformidad con el progreso de la ciencia, de la tecnología, de las formas de organización, de la experiencia humana para poder obtener el mejor resultado posible. De manera que, si hace unos pocos años antes del 89, era lícito tener una posición de partido social cristiano y al mismo tiempo estar buscando una posición de planificación centralizada y una visión de manejo intervenido de los medios de producción, después de los resultados del socialismo real, después de la experiencia histórica y de lo que hoy nos dice la ciencia, eso ya no es lícito. Esto en buena manera explica porque algunos partidos demócratacristianos, por ejemplo de América del Sur, que durante un tiempo tuvieron posiciones incluso extremas de izquierda, a veces a la izquierda de los partidos marxistas, hoy día han experimentado un cambio profundo. Uno observa la democracia cristiana chilena, que es la avanzada del planteamiento demócratacristiano en América Latina, y observa su apego a la utilización eficiente de los mercados, a la utilización eficiente de los mecanismos de intercambio, a los incentivos a la producción, al derecho individual a la iniciativa económica.

Esto por supuesto a lo que lleva es al desarrollo de una visión científica y ética de la acción del hombre en sociedad, sobre la economía, sobre lo social. El desarrollo demócratacristiano más elaborado de esta posición es la economía social de mercado, que se da sobre todo en Alemania, como una elaboración deri-

vada del liberalismo, a través de la escuela del ordoliberalismo de la Universidad de Friburgo. Esta escuela ordoliberal agregó a las tareas del Estado, la tarea de fijar el orden para que se dé la competencia y el funcionamiento de mercados eficientes, y se opuso a simplemente esperar a que espontáneamente fueran surgiendo en la sociedad los organismos de mercado y el intercambio. Ese cambio que lleva al establecimiento del orden de la competencia como una de las áreas importantes del Estado, además se complementa con una visión de la necesidad de la compensación social, de la necesidad del apoyo a las personas que enfrentan retos especiales y de la búsqueda de instituciones de solidaridad social que aseguren el disfrute de los beneficios del progreso por las personas que están en esas condiciones.

Considero que hoy día la filosofía personalista y solidaria y la economía social de mercado son la esencia de un partido cristiano, que es socialcristiano o demócrata cristiano si además acepta la doctrina social de la iglesia. Partimos, así, de la visión de una doctrina, de un pensamiento, de una filosofía personalista de respeto a la dignidad del hombre, que consideran al hombre como imagen de Dios, creado con el poder de crear y de participar en la obra creadora de Dios, que además de tener una visión ética de sí mismo, de ser una persona, de ser un autómata, tiene una relación con otros autómata, con otras personas, vive en sociedad, lo que le causa una obligación de solidaridad y un llamado cristiano a la fraternidad y que ordena su acción social a través del principio de subsidiariedad, buscando que sean las organizaciones más cercanas al problema las que lo atiendan y que subsidiariamente actúen otras instancias, cuando no sea posible a las instancias más inmediatas, en forma muy participativa, producir las soluciones.

La visión de la doctrina cristiana del hombre en la sociedad se convierte en un concepto de la organización de la sociedad con la economía social de mercado. Pero al personalismo del humanismo cristiano y a la economía social de mercado les hace falta un apoyo adicional para sustentar un partido cristiano: el compromiso personal del hombre con la acción política.

En la vida religiosa, la Iglesia Católica llama a una vida de vocación, a una vida de entrega, a una vida de servicio, a una vida de servicio misionero, para llevar la verdad, para llevar la palabra, para convertir a otros seres humanos. A mí me parece que la acción política, la acción de quien quiere de verdad ser un político cristiano, no sólo tiene que estar enmarcada en los valores éticos y en los valores científicos y en la visión social que de esa manera se configura, sino que tiene que estar enmarcada en una gran entrega, en un gran apostolado, en vivir la política, no como un simple medio para alcanzar objetivos personales u objetivos de un grupo de interés, sino en vivir la política como una acción para convertir el mundo, para convertir la sociedad, para transformar la tierra. Se trata de concebir y ejecutar la acción política como una acción de renovación que en buena medida se da por la propia acción de la campaña, por el convencimiento que se origina en la comunicación política

que en otra medida se da a través de la toma del poder para utilizarlo con ese fin.

En este último aspecto estimo que en buena medida hemos fracasado los partidos políticos. Además, con el término de la confrontación total y radical del mundo entre el socialismo y lo demás grupos, se ha debilitado la concepción de la acción política como una acción misionera y se ha querido concebir la acción política sólo como una representación de intereses, de egoísmos, de búsqueda de satisfacciones de muy corto plazo, de disfrute personal del poder.

Si imperara una concepción misionera de la política, deberíamos sentirnos tan ilusionados cuando los adversarios se transforman y piensan igual que nosotros y en el Gobierno hacen lo que nosotros haríamos, como nos sentiríamos si nosotros llegamos al Gobierno y realizamos esas mismas tareas. Esto es tener una visión misionera de la política: preocuparse y ocuparse de lo que se hace desde el Gobierno y no sólo en quién es el Gobierno. De lo que se trata es de entregarse a una acción en beneficio de los demás y en mi beneficio propio también porque busco con ello mi superación mi perfección, mi elevación, la satisfacción personal de alcanzar ciertas metas de bien común, de lograr que lo que uno cree se difunda y también sea creído por los demás. Pero sobre todo esa misión de transformar la sociedad vale la pena si el esfuerzo para lograrlo es en sí mismo la recompensa, porque es la satisfacción de sentirse cumpliendo con una actividad de entrega y de misión.

A mí me parece que es importante que el Congreso Nacional del PUSC levante este espíritu misionero.

Vamos a tener en Costa Rica el primero y el 2 de julio de este año el Congreso de ODCA. Cuando convocamos a este Congreso, yo propuse que lo dedica ramos a la memoria de un gran socialcristiano venezolano, que hizo muchísimo por nuestros partidos de Centroamérica. Arístides Calvani fue una de las personas que en forma verdaderamente misionera, vino a estos países a fortalecer movimientos políticos cristianos, en los que no iba a tener ninguna posición personal, no estaba buscando ser Presidente de Costa Rica, ni de Nicaragua, ni de El Salvador, ni de Guatemala ni de Panamá y, sin embargo, tuvo una enorme influencia en la conformación y desarrollo de los movimientos demócratacristianos que llegaron a ser extraordinaria-

mente poderosos en todos estos países. Tuvo una gran influencia en Costa Rica en ayudar a las fuerzas cuya fusión dio origen a nuestro partido. Incluso murió en acción política en Centroamérica, en Guatemala, en un accidente de aviación.

Al proponer que ese Congreso de ODCA que se realiza cada tres años y que se va llevar a cabo en Costa Rica para elegir las autoridades para los próximos tres años y para adoptar planes y resoluciones de los partidos demócratacristianos de América llevará el nombre de Arístides Calvani, lo hice mencionando que el lema que se le debe dar al Congreso, exalte el espíritu misionero. Porque ciertamente estoy convencido que esa es la tarea más importante que debemos hacer los demócratacristianos para revitalizar la acción política y los partidos y para recuperar su prestigio.

Todo lo que hagamos en la técnica y administración de procesos, todo lo que hagamos en replanteamiento estratégico, todo lo que hagamos para dar apertura a las participaciones democráticas, todo lo que hagamos para hacer que haya mejores mecanismos de discusión y de análisis, todo lo que hagamos para acentuar la fraternidad y promover la ética del humanismo cristiano, todo lo que hagamos para usar el conocimiento científico y las ventajas de la economía social de mercado, incluso todo lo que hagamos para establecer acciones afirmativas y cuotas para favorecer la plena incorporación de la mujer a la par del hombre en la vida social, económica, política y cultural, es fundamental y es muy importante. Sin ello

no podemos modernizarnos ni realmente producir los cambios. Pero difícilmente podríamos tener todo el éxito que requieren nuestros países si a la par no producimos un cambio en la manera como consideramos y ejecutamos nuestra acción política personal, sino nos enamoramos de esa acción política. Necesitamos enamorarnos de la acción política por amor a los resultados que podemos obtener para la sociedad que queremos transformar y queremos convertir.

En estas horas de grandes cambios y de difíciles decisiones necesitamos espíritu misionero, entrega misionera, fuerza misionera en la acción política.

Deseo que estos pensamientos, tal vez abstractos, y poco usuales en la acción política, nos puedan servir a lo largo del Congreso Nacional del PUSC como acicate para que muchas personas colaboren con sus ideas. Nadie tiene respuestas incuestionables sobre estos temas. Son temas que se están formando, porque los partidos de hoy los estamos construyendo sin contar con un diseño final. El Congreso tiene como objetivo tener éxito en el replanteamiento y transformación de nuestro partido para que goce de una vigorosa y exitosa proyección hacia el siglo XXI y podamos en el PUSC con un verdadero espíritu misionero, mejorar la sociedad y promover el desarrollo de todas las personas.